

LA PILDORA

LA despenalización de los anticonceptivos ha producido las reacciones que eran de esperar. Todavía sorprende que los médicos respondan en estos casos más con arreglo a sus definiciones políticas que a las científicas. Los médicos de la derecha clara son antipildoristas y no esgrimen para ello razones morales, sino científicas; los médicos liberales o de la izquierda son pildoristas, y la defienden con razones científicas. Prueba de que las ciencias no son exactas y de la influencia de la política en ellas.

El doctor Pozuelo, tan estrechamente vinculado al antiguo régimen, describe una mujer horrenda tras haber tomado la pildora, aparición de vello, salida indebida de leche de los pechos. Alteración del humor, de la tensión, de la pared de los vasos, crisis de hipertensión, falsos embarazos. Efectos cancerígenos... El doctor Salom, que es liberal y autor de teatro divorcista, asegura que si hay problemas circulatorios, cardíacos y de metabolismo, son mínimos; y cita al catedrático de Ginecología de la Facultad de Medicina de Barcelona, doctor González Merlo, quien dice: "Todos los grandes defectos de la pildora no son nada al lado de las ventajas que reporta".(1)

El doctor Pozuelo no puede resistir a la tentación de emitir una apreciación política: le sorprende que una medida sobre algo tan trascendental se haya aprobado "sin consultar a todos los españoles". Se equivoca. La medida pasa a las Cortes para que en ellas se decida si procede o no la modificación del Código Penal. Las Cortes: diputados y senadores. Elegidos en votación directa y secreta, representan a los españoles. Son los españoles los que, en las Cortes, van a aprobar o denegar esta medida. Quizá piense el doctor Pozuelo en un referéndum. Nostalgia del régimen de los referendums.

En el capítulo de las vaciedades, la del académico Eugenio Montes es de bastante consideración. La pildora, dice, pudo hacer "que no naciesen un Arquímedes, un Aristófanes... Soy pues, absolutamente contrario a esas libertades". Y a

otras muchas, como ha ido demostrando a lo largo de su vida. La idea de que no naciesen Arquímedes o Aristófanes puede estar fácilmente contrapesada con el alivio que supone que, de haber existido la pildora, pudieran no haber nacido Hitler, Mussolini o Stalin. O Landrá, o Jack el Destripador, o Caín. Atribuir a la pildora un descenso de la natalidad selectivo, que sólo impida el nacimiento de los buenos, es un puro maniqueísmo diabólico. La idea de que en en países de exceso demográfico perezcan cada día posibles Aristófanes o Franciscos Nieva porque su alimento lo de-



voran los más musculosos, la idea de que no puede haber ningún genio donde no se puede dar educación, ni apenas oficio, porque la familia lo devora todo, podría ser también tomada en consideración.

Un olvido: nadie comenta los anticonceptivos más que a partir de la pildora. Se olvidan los esteriletos, los diafragmas o los otros medios de contracepción. Quizá se presten menos a la discusión "científica". También se olvida que el proyecto de Ley no declara la venta libre y sin receta, sino mediante prescripción facultativa. Y también se deja de tener en cuenta que no se declara obligatoria, sino electiva. Quien no quiera tomarla, que no la tome. Pero que deje en paz a los demás.■

Los
CoNteM
poRa
nEoS

A ESTE LADO DEL PARAISO

DON Alfonso Guerra vuelve de la URSS tan decepcionado de ella como se fue. Es un hombre constante. "Yo no vivría allí", dice. Yo tampoco. Aunque explica que no tuvo tiempo para comprobar el sistema de vida de los soviéticos. Yo tampoco. Pero recuerdo que embarqué en Odessa, pálida y muerta, con un suspiro de alivio. Y con una impaciencia para llegar, millas más allá, a Estambul. Viva y colorista. Ahí sí vivría yo. Y probablemente también don Alfonso Guerra. Siempre que sigamos siendo quienes somos. Siempre que no fuésemos turcos. Pregunté las cifras de paro en Estambul; me dijeron que tres millones. "Pero, ¿cuántos habitantes tiene Estambul?". "Tres millones". "¿No hay manifestaciones, protestas, tumultos?". "Hace unos días: 27 muertos". Yo ya había conocido Estambul en la época de Menderes. No había manifestaciones: las cárceles estaban llenas y se ejecutaba frecuentemente a "agitadores". Yo no quería vivir en Odessa. Pero si yo no fuese yo, sino un turco de Estambul, del viejo y querido mundo libre, y occidental —a medias, según de qué lado del agua esté uno: en cuanto se descuida, es asiático— sí habría querido vivir en Odessa. Y hacer las largas colas para la compra. Y aburrirme en las largas tardes de verano, soñando con la libertad de Estambul y de Occidente.

Y si yo fuera un campesino extremeño. Y si fuera un obrero parado de Andalucía. O un chabolista de Madrid. O un peón de albañil de Jaén trabajando en Barcelona. O un emigrado en la Renault de París. ¡Como soñaría, entonces, con Odessa!

¿Y si don Alfonso Guerra no hubiese sido don Alfonso Guerra, sino un "alma muerta" en la época zarista? ¿No hubiese estado entonces con el cura Papon, con el perseguido Bakunin o con el mismísimo Lenin? Yo, sí.

"Aquello no es el paraíso", dijo don Alfonso Guerra al volver de Moscú. "Esto no es el paraíso", me decía yo en la URSS. Ya lo sabíamos los dos. Pero todo depende de que óptica se tenga del paraíso, de qué lado se esté con respecto a la idea del paraíso. Adán y Eva sin duda no sabían que estaban en el paraíso; y lo criticaban todo, y todo les parecía mal. No supieron que habían estado en el paraíso hasta que les expulsaron. La noción de paraíso sólo se tiene antes de entrar o después de salir. Mientras, dentro, personas con el fino espíritu occidental que tenemos el señor Guerra y yo, estaríamos disconformes. Seríamos disidentes. Y nos encontraríamos, sin duda, en un asilo psiquiátrico.

Me temo que los cuerpos alimentados y culturalizados del señor Guerra y el mío no seamos buena medida para calibrar lo que es la Unión Soviética. No somos aptos. A ninguno de los dos nos gusta un régimen que yo, por lo menos, detesto tanto como dice detestarlo el señor Carrillo. Pero no somos un buen gálibo para esta medida. Preguntemos en Ankara, y en la isla de Malta, y en Menilmontant, y en Las Hurdes, y en el pozo del Tío Raimundo. Y en Harlem, y en Puerto Rico. Veremos cómo estos occidentales reaccionan ante la vida de Moscú y de Odessa. Tan occidentales como nosotros. Y como los soviéticos, desde luego. Yo, por ejemplo, tampoco querría vivir en el Bronx, ni en Billancourt ni en el Pozo del Tío Raimundo. Siendo quien soy prefiero la Quinta Avenida, los Campos Elíseos o la Carrera de San Jerónimo. Sólo que no sé si podría estar en esta idea mía burguesa y lujosa del paraíso sabiendo que otros cientos de millones de personas estaban en el puñetero infierno. Probablemente, sí.■

POZUELO

(1) Las citas objeto de este comentario pertenecen a una encuesta de "El Imparcial".